



SCOTTI

Inesperado hallazgo no exento de asombro. Se nos descubre un pintor de cuerpo entero. Un artista que une la pujanza vital americana y los matices más sutiles de lo europeo; que sabe expresar con fina perspicacia cultural el estado de alma del hombre de nuestros días y domina a la vez los principales y más difíciles recursos técnicos de la pintura; que abre caminos de luz al arte moderno sin renegar de los valores estéticos de vanguardia. Que llevado, finalmente, de un despierto instinto espiritual, viene a nosotros en plena madurez de su oficio para asimilar los valores que España tradicionalmente, ha venido encarnando. La exposición de Ernesto Scotti en el Museo del Arte Moderno ha sido, probablemente, en sus días, el hecho cultural más interesante de España. Dichoso hallazgo es el nuestro de haberle conocido; feliz hallazgo puede ser también el suyo si en la prolongada estancia que proyecta en la península logra penetrar, rompiendo la adusta corteza, en la secreta y jugosa intimidad de España.

En la portada de este número se reproduce a todo color "El leñador", de Ernesto Scotti, y en esta página, de izquierda a derecha, arriba: "Palo borracho" y "Mujer que otea más allá de la barca"

Abajo: "Pueblo de Segovia" y "El cañaveral (Chaco)" debidos también al pincel de este renombrado artista argentino.



La hoja de servicios de Scotti está esmaltada de galardones académicos. Pero dudamos de que América, y más concretamente su patria argentina, se hayan formado conciencia cabal de lo que el arte de Scotti significa y puede, sobre todo, significar en lo futuro dentro del movimiento cultural de nuestra época. De su importancia específica en el conjunto de los valores del arte actual. Tal vez los americanos puedan pensar que el arte de Scotti es sólo un eco de la vanguardia europea; pero visto en Europa, y con ojos europeos, adquiere una personalidad realmente singular, como inyección de vitalidad americana en los tejidos más íntimos de la sensibilidad europea. Por añadidura, el espíritu hispánico está presente, o más bien presentido, en esa oscura noche del alma moderna que nos pinta Scotti, y que anuncia el alba de la inspiración religiosa.

por la novedad de las formas, por la actualidad de los temas, y por la poética vinculación de esas formas a estos temas.

Queda, pues, planteada y virtualmente resuelta la distinción de forma y contenido, que inmediatamente habremos de aplicar al arte de Scotti. Es decir, que en la obra de arte hay dos grupos de valores estéticos, los valores propios del arte, y los otros valores humanos que el artista incorpora a la obra concreta de arte. O de otra manera, que en la obra concreta de arte hay valores estéticos extraartísticos. La ingenua fe franciscana reflejada en los primitivos italianos, por ejemplo, es un valor humano que está fuera y por encima del arte pictórico; pero es un valor estético contenido en los frescos o en los lienzos que concretamente la expresan.

Forma y contenido en la obra de arte con ocasión de Scotti

Buena coyuntura es ésta para tratar de discernir los conceptos de forma y contenido, tan usuales en la crítica de arte romántica. En Scotti hay que hablar de una forma y de un contenido estéticos. El visitante de su exposición no recrea su curiosidad en temas pintorescos de bodegones, paisajes o retratos al uso. Se halla de pronto en los antípodas de la banalidad. Ha de enfrentarse con una embestida de formas nuevas, de asuntos preñados de valores líricos o dramáticos, de ideas figuradas. Junto a la sorpresa de "cómo" pinta, le impresiona y a veces sobrecoge "lo que" pinta. Es un arte lleno de conciencia y de intención. Un arte preñado de cultura. Mas no de cultura friamente intelectual, sino sabrosa y vitalmente humana. La distinción de forma y contenido, tan imprecisa en el orden filosófico y tan zaherida

hoy en la reacción antirromántica de la ciencia estética, se plantea allí ineludiblemente. Scotti sacude en ambos órdenes la conciencia del actual arte español: en lo técnico y en lo cultural. Es cierto que hoy se pinta bien en España. Hay dos o tres docenas de hombres que saben hacer un retrato excelente, a veces magistral, y esto por sí solo honra al arte de una nación. Es también cierto que nunca faltan a España hombres en las cimas de la admiración internacional; muere un Zuloaga y surge un Dalí. Mas, dentro de ella, algunos de los que por una saludable reacción de su alma rechazan las extravagancias técnicas y el espíritu enfermo de las corrientes transpirenaicas en boga, repliéganse a lo sabido. Y otros que reaccionan en favor de ellas pierden los estribos del arte y, queriendo ser geniales, renuncian al conocimiento de su oficio. Muévense, pues, uno y otro grupo antagónico en el arte constituido

o en el revolucionario; pero no en el constituyente. En los ámbitos del leguleyo y del conspirador más que en el del verdedero jurista. El buen jurista, como el buen político, está constantemente tratando de remozar las formas que envejecen, sin renegar de lo que en ellas siga siendo válido. El leguleyo y el revoltoso, en cambio, encarnan la viciosa facilidad y, en el más profundo y verdadero sentido, la vulgaridad: la siesta y la violencia son los dos estados del vulgo. Dos formas de vida instintiva, psíquicamente perezosas, e igualmente alejadas de la vigilia ascética. No es menester demostrar, insistiendo en el simil, que las bellas artes han de estar tan vigilantes como el derecho o la política, y que sus fórmulas han de ser aún más sagaces y actuales. Casi proféticas. Decía Bergson, en su peculiar terminología, que el arte es el esfuerzo intuitivo que mejor logra penetrar en la flúida corriente de lo real.

Sólo el arte vigilante es renovador, y sólo el arte renovador es plenamente poético. La intensa fuerza poética del arte de Scotti proviene, en efecto, de su vigorosa personalidad. De las soluciones que halla a los problemas técnicos o estrictamente artísticos, en educación íntima con las preocupaciones culturales y espirituales que expresa, y que son, cabalmente, las del hombre de nuestro tiempo. En suma,



"El Descendimiento", de E. Scotti.

"Intellectus quearens fiden"

En los valores de forma se caracteriza Scotti por una conciencia artística clara y precisa, ajena por completo al "automatismo psíquico" preconizado por el arte surrealista y que tantas veces, bajo un aspecto esotérico o extravagante, encubría una ignorancia del oficio. En segundo lugar, por una gran libertad técnica de recursos, especialmente en el empleo del color, con una sabia acentuación expresiva que constituye la conquista ya imperecedera del arte moderno. En tercer lugar, por una honestidad artística extremada en el estudio del dibujo, la luz, la composición, etc. En suma, una gran libertad poética servida por una dócil y concienzuda experiencia técnica. Los efectos expresivos que se advierten, por ejemplo, contemplando ciertos fragmentos a seis u ocho metros de distancia, poéticamente son impresionistas, pero en el lienzo están perfectamente contruidos y acabados.

Mas hablemos del contenido. Se ha calificado a esta pintura de existencialista. No es verdad. Refleja el espíritu del hombre actual; pero de ese grupo de hombres que, hallándose en sombras, buscan la luz con esfuerzo y confianza. No hay fe poseída, pero sí fe deseada. No hay congoja, como en las obras de la época de Modigliani y de Pascín, gemelas de las de la Exposición de la Pintura Italiana Contemporánea de la primavera pasada en Madrid, que oportunamente comentamos, sino soledad y oscuridad. Una soledad filosófica que, advirtiendo la crisis de la cultura moderna, llama a las puertas de la religiosidad. Contraponiendo los términos del lema medieval bonaventuriano, es un "intellectus quearens fidem".

No hay alegría del vivir. El "eros" helénico, travieso y risueño, que la mitología ponía simbólicamente al servicio de la belleza y de la vida, es aquí un "eros" amargo, una carga

que la naturaleza impone, un problema humano. La naturaleza física, en forma de bellísimos paisajes exóticos copiados directamente por el pintor en las selvas del norte de la Argentina, no se nos presenta como objeto de fruición estética, sino como fondo de un estado de alma. Los paisajes de Scotti son la representación paisajística de la soledad del hombre que no sabe interpretar a la naturaleza y que tiene que luchar con ella, y el amor, ya lo hemos dicho, tiene este mismo sentido.

El hombre pintado por Scotti, se enfrenta con la realidad interior de sus pasiones y con los influjos telúricos, buscando sentido a ambos mundos, el cósmico y el psíquico, en grave actitud meditativa.

Y entonces surge el tema religioso; el paisaje nocturno, a que es tan dado Scotti, expresa una oscura noche del alma. Del alma natural, no del alma revestida de gracia. Pero de alma que hambrea la fe. Hay derramada por toda esta pintura una oscura, aunque vehemente, noticia de Dios. Y en esta coyuntura espiritual el pintor ha tenido la feliz intuición de venir a España.